



Los fracasos habidos en muchas huelgas, debido a su carácter espontáneo, a la desorganización, a la falta de solidaridad y a la orientación reformista de muchos de sus dirigentes, crearon condiciones para que el espíritu unitario de la clase obrera cobrara impulso y cundiera por todo el territorio nacional. Esta exigencia de las masas proletarias alcanzó tal resonancia que, hasta en los propios círculos gobernantes no pocas figuras políticas pregonaban ser partidarias de la unidad de los trabajadores. Naturalmente, la unidad que exigían las masas proletarias era para la lucha, para la mejor defensa de sus derechos y reivindicaciones, no para la armonía o la conciliación de clases.

Por otra parte, en el terreno político, el triunfo del general Lázaro Cárdenas que a regañadientes había aceptado Calles, significaba que en el bloque de fuerzas burguesas dominantes los partidarios de reformas económicas y sociales se imponían y ocupaban puestos importantes dentro del aparato estatal.

El día que tomó posesión, en su discurso de protesta como Presidente de la República, Cárdenas dijo: "Las clases laborantes se debaten en una lucha doble; la que llevan a cabo en defensa de sus intereses como clase y la que desarrollan intergremialmente al debatirse al calor de pasiones y egoísmos..." "Para remediar esto, es que he venido propugnando y llamando a los trabajadores a la formación del Frente Unico" (1).

Mientras tanto, a nivel internacional, la in-

fluencia creciente del fascismo como pelotón de choque de la contrarrevolución mundial, como principal incendiario de la guerra y como iniciador de la cruzada contra la Unión Soviética, puso en estado de alerta a la clase obrera y a las fuerzas progresistas del mundo entero. El fascismo, esa "dictadura terrorista descarada de los elementos más reaccionarios, más chovinistas y más imperialistas del capital financiero" (2), teniendo como bases fundamentales Alemania, Italia y Japón se extendía amenazador con una desenfadada demagogia anticapitalista, muy hábil, pero profundamente anticomunista, enfilado directamente contra las masas populares en efervescencia y dirigido precisamente a salvar a la burguesía de la revolución.

En nuestro país, bajo la dirección suprema del exgeneral villista Nicolás Rodríguez se organizó la "Acción Revolucionaria Mexicana", estructurada con grupos militarizados, uniformados en su mayoría con camisas doradas, pantalón negro, un escudo tricolor en el pecho, y sombrero de palma teniendo como principal objetivo combatir el comunismo en todas sus formas, exaltar el nacionalismo burgués y servir directamente como grupo de choque a los capitalistas contra el movimiento obrero.

En Monterrey, importante ciudad industrial del norte de la República, la gran burguesía que surgió a finales del siglo XIX y principios del XX, con posiciones recalcitrantes a todo cambio, ultrareaccionaria y localista, asustada ante la ola de huelgas que registraba el país se lanzó al ataque multiplicando el número de sindicatos blancos y creando la Acción Cívica Nacionalista, grupo

armado semejante a las camisas doradas y con idénticos propósitos.

No obstante que en el gabinete del nuevo gobierno había algunos destacados callistas, Cárdenas y sus partidarios comenzaron a tomar importantes medidas que afectaban los intereses de la élite que rodeaba al "Jefe Máximo", tales como cerrar casas de juego, vincular el contenido de la "escuela socialista" con las aspiraciones de las masas campesinas y la adopción de una actitud favorable, en lo general, a las huelgas de los trabajadores.

De inmediato se dejó sentir la presión de los círculos burgueses-terratenientes y de la jerarquía eclesiástica, y se elevó la histeria antimexicana en los EEUU con amenazas de intervención en los asuntos del país; esperanzadas, las fuerzas empuñadas en impedir las reformas volvieron sus ojos hacia Calles pidiendo a gritos intervención con el objeto de que hiciera virar la política gubernamental.

En una entrevista que Calles concedió a un grupo de senadores encabezados por Padilla —destacado callista—, expresó abierta y públicamente sus puntos de vista contrarios a la política del gobierno.

El 11 de junio de 1935 apareció en varios periódicos el texto de la entrevista en la que Calles afirmaba, entre otras cosas, lo siguiente:

"Este es el momento que necesitamos cordura. El país tiene necesidad de tranquilidad espiri-

tual. Necesitamos enfrentarnos a la ola de egoísmos que vienen agitando al país. Hace seis meses que la nación está sacudida por huelgas constantes, muchas de ellas enteramente injustificadas. Las organizaciones obreras están ofreciendo en numerosos casos ejemplos de ingratitud..." "¿Y qué se obtiene de esas ominosas agitaciones? Mesas de holganza, pagados, el daño grave de la comunidad. ¿Saben ustedes que en una ciudad como León, con motivo de las huelgas por solidaridad, expusieron a sus cien mil habitantes a la posibilidad de desastres tan grandes como los que derivan de la falta de servicios municipales, de luz, de salubridad, de servicio de agua. Nada detiene el egoísmo de sus organizaciones y sus líderes. No hay en ellos ética, ni el más elemental respeto al derecho de la colectividad" (3).

En sus consideraciones sobre la situación del país Calles llamaba al gobierno sin rodeos para que reprimiera al movimiento obrero, censurando directamente a los dirigentes sindicales. También atacaba a los cardenistas por intentar fortalecerse en el Congreso y en el gobierno, acusándolos de diversionistas. Aunque, quizás tomando en cuenta la popularidad de que gozaba el Presidente, prometía a la opinión pública que no habría fuerza capaz de separarlo de Cárdenas, en realidad tal declaración le servía de mampara para criticar ampliamente la política seguida y exigir un cambio inmediato de la misma. Sus declaraciones estaban calculadas como detonador para que sus partidarios se lanzaran contra los cardenistas y por una política represiva del movimiento obrero y de las masas populares. Calles, entonces, reafirmaría su sitio de "jefe má

ximo", esto es, continuaría siendo el hombre fuerte de los destinos de México.

La intervención de Calles fue apoyada inmediatamente por toda la reacción del país. La Cámara Nacional de Comercio, la Federación de Empresarios, los grandes periódicos de la capital, la Comisión Permanente del Congreso de la Unión, Morones, Araiza y demás líderes venales, los políticos corruptos, en fin, las fuerzas enemigas del movimiento obrero y progresista, aliadas al imperialismo, a la gran burguesía y a los latifundistas dirigieron sus loas al viejo caudillo, alzaron los brazos llenos de júbilo porque con sus declaraciones, según ellos, renacía la seguridad; organizaron peregrinaciones a Cuernavaca para saludar al jefe -- por su actitud "patriótica", al mismo tiempo que para sujetar el Presidente y a sus partidarios llamaban a conservar la unidad de la "familia revolucionaria".

En medio de esta compleja situación destacaban las fuerzas que al día siguiente se opusieron a los pronunciamientos de Calles: los cardenistas que se encontraban dentro del aparato estatal, el partido gubernamental y otras instituciones y la respuesta que de manera valiente, inmediata y enérgica dieron las masas trabajadoras.

Es indudable que al proletariado mexicano correspondió un papel relevante en la derrota del callismo, pues decididamente defendió los logros democráticos y puso al descubierto a los complotistas.

El 12 de junio tuvo lugar una reunión en el domicilio del Sindicato Mexicano de Electricistas, contándose con la asistencia de delegados de las más importantes centrales y sindicatos nacionales -- sólo la CGT reorganizada bajo la dirección de Julio Ramírez y Adrián Tiburcio González y la vieja CROM encabezada por Morones manifestaron su apoyo a las declaraciones de Calles --, con el objeto de dar la debida respuesta al ataque que a los derechos obreros hiciera el expresidente, que en no pocas ocasiones fuera calificado por los líderes cro-mianos de socialista. En la respuesta de los trabajadores organizados se dijo, en su parte medular:

"Los movimientos de huelga, condenados en esas declaraciones, obedecen a un malestar colectivo y a un estado de injusticia social; son fenómenos que sólo pasan por alto quienes representan -- los intereses capitalistas. Las huelgas terminarán cuando se logre la transformación del sistema burgués en que vivimos".

"El movimiento obrero y campesino organizado de México, atento al momento histórico que vive, -- declara que se opondrá a toda transgresión a sus derechos, utilizando en el momento preciso, la -- huelga general en todo el país como único medio de defensa contra la posible implantación de un régimen fascista en México. Y ante la amenaza de ver -- lesionados sus intereses, declara su firme propósito de mantener la unidad de clase" (4).

Los sindicatos y centrales no se limitaron a dar respuesta a las provocaciones callistas sino -- que, lo más importante, se dieron a la tarea de --

forjar la unidad de las masas trabajadoras estableciendo un pacto de solidaridad donde se fijaron -- las bases para la formación del Comité Nacional de Defensa Proletaria, constituido el 15 de junio de 1935 e integrado por los representantes de las siguientes organizaciones: Alianza de Obreros y Empleados de la Compañía de Tranvías de México, Alianza de Uniones y Sindicatos de Artes Gráficas, Cámara Nacional del Trabajo, Confederación General de Obreros y Campesinos de México, Confederación Sindical Unitaria, Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana, Sindicato Industrial de Trabajadores Mineros, Metalúrgicos y Similares de la R. M. y Sindicato Mexicano de Electricistas.

El Comité Nacional de Defensa Proletaria trató de promover la solidaridad en la lucha de las organizaciones sindicales, se comprometió a enfrentar la represión y el fascismo para defender los derechos obreros amenazados y, proclamó como gran tarea, trabajar por un congreso nacional obrero y campesino, con el objeto de crear una sola central nacional de los trabajadores organizados de la ciudad y del campo.

El 14 de junio de 1935 el presidente Cárdenas se dirigió a la nación con el propósito de fijar la posición del gobierno ante los acontecimientos. Declaró que los culpables de la división existente eran elementos políticos del grupo callista, rechazó la acusación lanzada contra el movimiento obrero y llamó a las organizaciones obreras y campesinas a defender al nuevo régimen.

"Refiriéndome a los problemas de trabajo que se han planteado en los últimos meses --dijo en -- sus categóricas declaraciones-- y que se han traducido en movimientos huelguísticos, estimo que son la consecuencia del acomodamiento de los intereses representados por los dos factores de la producción y, que si causan algún malestar y aun lesionan momentáneamente la economía del país, resueltos razonablemente y dentro de un espíritu de equidad y de justicia social, contribuyen con el tiempo a hacer más sólida la situación económica..." (5).

Esta idea fundamental de Cárdenas fue rectora para su política laboral. Al expresar esta política indicó que pugnaría por su aplicación sin importar la alarma de los capitalistas. A la vez, tratando de calmar a la burguesía, declaró que no permitiría "agitaciones inconvenientes" ni transgresiones a la ley.

En estas difíciles y graves condiciones políticas, en la reunión ministerial del 15 de junio, Cárdenas declaró que para superar la crisis era necesaria la dimisión de todos los miembros del gabinete, para proceder de inmediato a la formación de otro; ello desembocó con la salida de los secretarios callistas y el fortalecimiento de las posiciones cardenistas.

La lucha proseguía en una u otra forma. El 20 de noviembre de 1935, con motivo del 25 aniversario de la iniciación de la revolución armada de 1910, un considerable contingente de "camisas doradas" pretendió llegar al zócalo de la ciudad de Mé

xico para hacer una demostración de fuerza; sin embargo, allí los esperaban importantes núcleos de trabajadores encabezados por los comunistas para impedir su desfile y denunciar su posición fascista. Palos, pedradas, tiros, etcétera surgieron por todas partes; la plaza quedó convertida en un campo de combate. Los "dorados", montados a caballo, trataron de cargar sobre los proletarios, pero éstos, haciendo uso de automóviles aportados por los trabajadores del volante, a manera de tanques, arremetieron exitosamente contra los jinetes de la "A. R. M.". Al final de cuentas, hubo tres muertos y numerosos heridos.

Por todas partes del país se organizaban manifestaciones y mítines de obreros y campesinos en apoyo del presidente Cárdenas y de rechazo a las provocaciones callistas. Numerosas huelgas se realizaban, muchas de ellas victoriosas, por todo el territorio nacional. Senadores, gobernadores, jefes militares, etc., fueron desplazados de sus puestos al tratar de resistir la política cardenista. El 10 de abril de 1936 Calles, en compañía de sus amigos Morones, Luis. L. León y Melchor Ortega, fueron expulsados del país.

De esta manera la política de Cárdenas cobró fuerza y amplitud. Los elementos nacional reformistas que influían seriamente en el aparato estatal no sólo favorecían en general, la lucha del movimiento obrero, sino que impulsaron, bajo la dirección del Presidente, la reforma agraria y una serie de transformaciones económicas y sociales que fueron realizadas en breve tiempo. Efectivamente, durante el período 1935-40 se entregaron más de 18

millones de hectáreas a los campesinos, se expropiaron las compañías petroleras imperialistas, se nacionalizaron los ferrocarriles, se estableció la Comisión Federal de Electricidad, se fundó el Instituto Politécnico Nacional, se puso en práctica una política exterior antimperialista, antifascista y por la paz mundial y otras medidas análogas, todo ello, en medio de la más aguda y profunda lucha de clases registrada después del período de lucha armada de principios de siglo.

Sin embargo, no obstante la importancia de -- las transformaciones operadas, es indudable que -- siempre estuvo presente la perspectiva del desarrollo económico capitalista, esto es, que los elementos nacional reformistas no sólo no perdieron la dirección del Estado y del movimiento popular en favor de la clase obrera, sino que, una serie de medidas tomadas para reforzar su posición dominante fueron utilizadas para una mayor y más asfixiante dominación y sujeción burguesas hacia los obreros y campesinos.

En realidad, aun cuando el gobierno de Cárdenas propiciaba el mejoramiento material y cultural de las masas populares y golpeaba al imperialismo, la gran burguesía y los latifundistas, todo ello, al no pugnar por romper los marcos de la legalidad burguesa, constituía una política que servía directamente a los intereses de la burguesía nacional y buscaba el desarrollo capitalista independiente.

En relación con esto, Cárdenas insistía sobre el por qué había que elevar las miserables condiciones de las masas trabajadoras: